

Laissez faire!

En defensa del Capitalismo Global

JOHAN NORBERG

EN DEFENSA
DEL CAPITALISMO
GLOBAL

Tercera edición



Unión Editorial
2020

© 2001 JOHAN NORBERG Y TIMBRO/SFN

www.timbro.com

www.johannorberg.net

Publicado originariamente en sueco en 2001 con el título:

Till Varldskapitalismens Forsvar (Estocolmo, 2001)

Traducido de de la 2.^a edición sueca (2002)

por Joaquín Moya

© 2005 edición en español:

UNIÓN EDITORIAL, S.A.

© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A. (3.^a edición)

c/ Galileo, 52 • Local • 28015 Madrid

Tel.: 91 350 02 28

Correo: editorial@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-788-9

Depósito legal: M-9.553-2020

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de los propietarios del *copyright*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR A LA TERCERA EDICIÓN

Cuando el historiador sueco Johan Norberg publicó, en su lengua original, *En defensa del capitalismo global*, corría el año 2001, y con él pasaban por sus años más floridos el movimiento antiglobalización y los discursos altermundistas.

Publicado por Unión Editorial en 2005, y convertido en todo un clásico contemporáneo también en castellano, nos congratulamos de ofrecer la tercera edición de una obra cuya vigencia queda fuera de toda duda. Baste atender a los ejemplos de desarrollo socioeconómico que, durante el tiempo que ha pasado, nos han dejado países del África negra —Kenia, Tanzania, Botsuana— o Asia —Taiwán, Malasia, Singapur—.

En estos momentos, *En defensa del capitalismo global* —tal como el documental de Norberg *En defensa de la globalización*, fácilmente accesible en Internet— nos remite al libro visionario que fue, y en consecuencia, a su fascinante capacidad para conjeturar sobre los senderos que seguirá el capitalismo global en el futuro.

El editor

Índice

Prólogo	11
1. En constante progresión... ..	25
Una verdad a medias	25
Disminución de la pobreza	30
Hambre	36
Educación	40
Democratización	42
Discriminación de la mujer	46
China	51
India	55
Desigualdades globales	58
Pero con las justas reservas	64
2. ...y no es por casualidad	67
Así es el capitalismo	67
La bendición del crecimiento	74
¿Libertad o igualdad? ¿Y por qué elegir?	89
El derecho de propiedad - por los más desfavorecidos	96
El milagro asiático	107
El embrollo africano	113
3. El libre comercio es comercio justo	123
Todos salen ganando	123
Importar importa	129
El libre comercio genera crecimiento	137

Una fuente inagotable de empleo	147
Libre circulación - también para las personas	158
4. El desarrollo de los países en desarrollo	163
Una distribución desigual del capitalismo	163
La ignominia del hombre blanco	167
El caso latinoamericano	175
En la ruta del comercio	181
«Dejad que mantengan sus aranceles»	186
La trampa del endeudamiento	190
El remedio adecuado	202
5. Una carrera hacia la cima	207
Yo defendiendo también el libre comercio, pero... ..	207
Trabajo infantil	214
¿Y nosotros, qué?	219
«Big is beautiful»	227
Oro y bosques verdes	245
6. ¿Es irracional el capital internacional?	263
El colectivo sin líder aparente	263
¿Se debe regular más?	272
La tasa Tobin	277
La crisis asiática	283
En lugar de la crisis	288
¿Una dictadura del mercado?	293
7. Progreso no es sinónimo de homogeneización ...	305
El derecho a elegir cultura	305
El imparable avance de la libertad	313
Bibliografía	321

P r ó l o g o*

¡Nuestro partido anarquista se impuso en las elecciones escolares!

Fue en otoño de 1988, en mi antiguo instituto de bachillerato, el Hässelbystrand. Cada vez que se convocaban elecciones al parlamento sueco, en nuestro instituto teníamos la costumbre de votar paralelamente, como diversión, en las «elecciones escolares». Claro que mi mejor amigo, Markus, y yo no creíamos en el sistema. En nuestra opinión, las elecciones por mayoría eran como dos lobos y un cordero poniéndose de acuerdo sobre qué cenar por la noche. El centro quería que escogiésemos a nuestros «gobernantes» entre los propios alumnos, pero nuestro deseo era gobernar sobre nuestras propias vidas.

En cierta manera, teníamos la sensación de ser diferentes. En noveno de primaria, solía escuchar música sintética y rock siniestro, a ser posible, ataviado de negro y con el pelo en tupé. Nuestras aficiones eran oír música y leer libros, mientras que los demás parecían más preocupados por tener los últimos artículos de moda y por encajar en el sistema. Para nosotros, la derecha era una clase elitista, la que tenía el poder establecido, opuesta a todo lo que se saliera de la norma. Al mismo tiempo, tampoco nos sentíamos de izquierda, porque ésta representaba para nosotros

* Para esta segunda edición se han actualizado un conjunto de datos y cifras (Estocolmo, diciembre de 2002. Johan Norberg).

la gris burocracia estatal y el pensamiento único. Aunque nos gustaban el cantante punk sueco Thåström y Sisters of Mercy, lo nuestro era el «imagínate que no hubiera países...» de John Lennon. Los estados nacionales estaban condenados a desaparecer y los hombres podrían moverse libremente por el mundo y trabajar codo con codo más allá de sus fronteras. Queríamos un mundo sin opresión, sin clases dominantes. Así que la conclusión se antojaba obvia: No éramos de derechas ni de izquierdas, ni conservadores ni socialdemócratas. ¡Éramos anarquistas!

Eso fue lo que nos llevó a crear el Frente Anarquista y a presentarnos a las elecciones escolares con un programa radical y rebotante de buen humor. Empapelamos las paredes del centro con mensajes tales como «¿Quiénes quieres que decidan sobre tu vida? ¿Tú o los diputados?» Exigíamos la abolición del estado y la anulación de la prohibición de pasear en bicicleta por el patio de la escuela. A la mayoría de los profesores no les hacía ninguna gracia nuestra idea y nos acusaban de convertir las elecciones en una farsa, pero, a nuestro juicio, sólo nos limitábamos a elevar nuestras voces en un sentido puramente democrático. Incluso fuimos convocados al despacho del director, que nos echó una bronca, lo cual sólo sirvió para reforzar nuestra rebeldía.

Obtuvimos un éxito rotundo en las elecciones. Tras una dura campaña, conseguimos nuestro 25% de votos. Los *sociatas* quedaron segundos, con un 19%. No cabíamos en nosotros de alegría y estábamos convencidos de que nuestra victoria marcaría el comienzo de algo grande...

De eso hace trece años. Desde entonces hasta ahora he cambiado de opinión en una serie de cuestiones. He comprendido que los planteamientos sobre el ser humano, la sociedad y la libertad son más complejos de lo que creía. Existen demasiados aspectos y problemas como para poder resolver todo mediante drásticas utopías. He caído en

la cuenta de que precisamos de un estado para proteger las libertades e impedir que los poderosos opriman a los individuos, y he llegado a la conclusión de que la democracia representativa es el mejor de los sistemas en lo que se refiere, precisamente, a la defensa de los derechos individuales. He comprendido que la sociedad industrial moderna, de la que tanto recelaba, es la que ha hecho posible que se hayan alcanzado extraordinarios niveles de bienestar y amplias libertades. Pero mi afán de libertad sigue siendo básicamente el mismo que durante esa estupenda «campana electoral» de 1988: deseo la libertad para el género humano, que nadie someta a nadie, que los estados no coarten ni excluyan a las personas, ni mediante aranceles ni con fronteras.

Ésos son los motivos que me han llevado a ser un ferviente partidario de lo que se denomina, quizá de manera algo estéril, «globalización», un proceso de superación progresiva de fronteras por parte de las personas, los medios de comunicación, las transacciones comerciales, las inversiones, la democracia y la economía de mercado. La mundialización nos libera de las limitaciones concebidas por los cartógrafos.

Todo el poder político siempre ha sido local, esto es, se ha fundamentado en el control físico dentro de una zona concreta. La globalización nos permite elevarnos sobre esas limitaciones territoriales, viajando, haciendo negocios o invirtiendo más allá de nuestras fronteras. Gracias a la reducción del coste de los transportes, se han multiplicado las posibilidades de escoger otras soluciones y alternativas en países diferentes al tuyo. También nos hemos beneficiado de medios de comunicación nuevos y más efectivos, y el comercio y los flujos de capital se han liberalizado.

Ya no estamos obligados a comprar a la gran compañía local, puesto que podemos comerciar con un competidor

extranjero. Ya no necesitamos trabajar para el único patrono del pueblo, dado que existen opciones alternativas. Ya no tenemos por qué conformarnos con la oferta cultural local, sino que podemos participar de la cultura global. Ya podemos evitar, si lo deseamos, vivir siempre en un mismo sitio; tenemos la opción de viajar y mudarnos. Ello resulta ante todo en una liberalización de nuestra forma de pensar. Ya no nos conformamos con la rutina local, sino que podemos elegir de forma activa y escoger con libertad. Las empresas, políticos y organizaciones deben esforzarse por despertar nuestro interés y recabar nuestro apoyo, conscientes de la vertiginosa diversidad de alternativas que existen actualmente en nuestro ancho mundo. Nuestra capacidad de decisión sobre nuestras propias vidas es cada vez mayor y nuestro nivel de bienestar se incrementa con un mayor abanico de posibilidades.

Por eso considero descorazonador que unas personas que se autodenominan anarquistas puedan implicarse hoy en día en combatir la globalización. ¡En contra, no a favor! Anarquistas que piden más prohibiciones y controles, que arrojan tartas o piedras contra aquellos que defienden otros valores. Anarquistas que exigen al estado que recupere el control sobre aquellas personas y empresas que no ven las fronteras nacionales como su límite de acción. Constituyen una burla del concepto de la libertad. En la feliz época de nuestro Frente Anarquista, pensábamos que ese tipo de individuos no tenían nada que ver con el anarquismo y, con el reducido vocabulario de adolescentes que empleábamos, los denominábamos, simplemente, fascistas.

Sin embargo, ésta es sólo la cola violenta de una corriente crítica antiglobalizadora más amplia. En los últimos años se han alzado un mayor número de voces acusando a esa nueva libertad, a ese nuevo internacionalismo, de haber ido demasiado lejos y de «hipercapitalismo». El movimiento de

protesta contra el capitalismo se dice radical y defensor de nuevas e ilusionantes ideas. Pero sus planteamientos reales se aproximan mucho más al rechazo tradicional de los mercados y el comercio libre que siempre ha partido de los gobernantes nacionales. Son muchos los que temen que las personas globalizadas adquieran mayores cotas de poder a costa de la política: regímenes autoritarios en países del Tercer Mundo y mandatarios de la Unión Europea, asociaciones de agricultores y compañías monopolísticas, intelectuales conservadores y nuevos movimientos de izquierda. A todos ellos los une una visión de la globalización como un monstruo totalmente fuera de control. Un monstruo que debe ser cazado y domeñado.

Buena parte de sus críticas contra la globalización se centra en presentarla como un fenómeno de enormes dimensiones y amenazador. A menudo no se basan en argumentos razonados, sino en simples constataciones como, por ejemplo, que 51 de las 100 principales economías del mundo son empresas, o que en los mercados financieros se mueven al día 1,5 billones de dólares. Como si el tamaño en sí fuera aterrador y peligroso. Eso es matemáticas, no razonamientos. Aún no han demostrado que la existencia de grandes empresas o de importantes flujos de capital sea un hecho negativo en sí mismo, algo que con frecuencia olvidan hacer. Con este libro pretendo ofrecer argumentos que apoyan la tesis contraria: mientras dispongamos de libertad para elegir y descartar, no debe suponer un problema la existencia de determinadas colaboraciones de carácter voluntario con un éxito tal que las haga adquirir grandes proporciones.

Basados en esas cifras y en la abstracta etiqueta de «globalización» —un término que, por cierto, parece tener poco más 10 años de vida— se recrea la imagen de una fuerza anónima, ladina y evasiva. Justo por ese motivo, por regir-

se por las actuaciones individuales de los habitantes de los diferentes continentes, no en virtud de un poder centralizado, es por lo que se manifiesta de forma incontrolada y caótica. «Carece de oficina principal, de consejo de administración y de comité de control», reprocha un crítico.¹ Muchos se declaran impotentes ante la globalización, pero no es nada extraño sentirse impotente ante las decisiones descentralizadas de millones de seres humanos. Si otras personas tienen libertad para decidir sobre sus vidas, nosotros no ejerceremos ese poder sobre ellos, pero a cambio podremos moldear nuestros destinos como nunca habíamos tenido la oportunidad de hacerlo anteriormente. Ese tipo de «impotencia» me parece positiva. Nadie lleva el timón de mando, porque estamos todos dirigiendo el barco.

Internet se anquilosaría si no enviáramos a diario mensajes electrónicos, encargáramos libros o nos bajáramos música a través de esta red informática de ámbito mundial. Ninguna empresa importaría artículos del extranjero si no los solicitáramos y nadie invertiría dinero al otro lado de sus fronteras si allí no hubiera empresarios dispuestos a invertir para satisfacer la demanda de los clientes. La globalización la conforman nuestros actos cotidianos. Comemos plátanos de Ecuador, bebemos té de Ceilán, vemos películas norteamericanas, encargamos libros de Inglaterra, trabajamos en empresas que exportan a Alemania y Rusia, pasamos las vacaciones en Tailandia y ahorramos para nuestra jubilación en fondos que invierten en Sudamérica y Asia. Tiene que haber gestoras financieras que canalicen los recursos y compañías que transporten los productos entre los diferentes países, pero esto sólo es así porque nosotros lo demandamos. La globalización es un fenómeno que parte

¹ Elmbrant (2000), p. 98.

desde abajo, por mucho que los políticos se apresuren a encuadrarse bajo todo tipo de siglas imaginables (UE, FMI, BM, ONU, UNCTAD, OCDE) a fin de articularla.

Ciertamente resulta difícil estar siempre al tanto del curso de los acontecimientos, en especial para los intelectuales, acostumbrados como están a estructurar y a tener bajo control la situación. En un libro sobre el poeta e historiador sueco del siglo XIX Erik Gustaf Geijer, su autor, Anders Ehnmark, sostiene casi con envidia que Geijer podía, desde su retiro en la ciudad de Upsala, mantenerse al tanto de los sucesos más importantes de la actualidad mundial con sólo leer la *Edinburgh Review* y la *Quarterly Review*.² Así de simple y comprensible puede ser el mundo cuando una pequeña élite en las principales ciudades europeas adquiere un papel relevante sobre todo lo que ocurre. De la misma manera, la situación puede antojarse fabulosamente compleja y desconcertante cuando los otros continentes despiertan ahora de su letargo, y en una época en que incluso las decisiones del ciudadano de a pie pueden influir en la evolución de los acontecimientos.

Claro está que no todo el mundo puede formar parte de la *jet-set* global. Pero ello no es necesario para participar en el proceso de mundialización. Las personas sin recursos ni poder de decisión, en particular, son los principales beneficiarios potenciales de la eventual supresión de los aranceles que impiden el acceso de productos más baratos y de inversiones extranjeras, lo cual genera puestos de trabajo e incrementa la productividad. Para aquellos individuos que se han quedado en su localidad de origen resulta especialmente provechosa la posibilidad de que la información fluya a través de las fronteras y la opción de poder escoger

² Ehnmark (1999), p. 60.

libremente a sus representantes políticos. No obstante, se requiere para ello mucho más que reformas democratizadoras y desregulaciones económicas.

Posiblemente suene banal la exigencia de mayores cotas de libertad a la hora de elegir o abstenerse. Pero no lo es, aunque pueda comprender esa objeción. A nosotros, los ciudadanos del mundo próspero, nos puede parecer un lujo la posibilidad de elegir más allá del ámbito local. Se diga lo que se diga de nuestra horchata o de la televisión basura, éstas no son verdaderamente insoportables. Desde luego, la horchata no. Lo que sí son insoportables son las condiciones de vida de las que redime la globalización a los habitantes del Tercer Mundo. La existencia de los más desfavorecidos se desarrolla en medio de la miseria más absoluta, entre la inmundicia, la inopia y la impotencia, en la preocupación de poder conseguir algo que llevarse a la boca ese día o de que el agua, que se ha de buscar a muchos kilómetros de distancia, sea potable o, por lo menos, no te mate.

Cuando la globalización llama a la puerta del anciano campesino paria Bhagant, en Saijani, la aldea india de la que es originario, se abandona el adobe y las casas empiezan a edificarse de ladrillo, las personas pueden comprarse zapatos y ponerse ropa limpia y sin rotos. Las calles ahora tienen desagües y el pueblo ya no apesta a despojos, sino que huele a tierra. Hace 30 años, Bhagant no sabía que vivía en la India. Ahora está al tanto de las noticias internacionales gracias a la televisión.³ Con la recientemente adquirida libertad de elección, los campesinos ya no están obligados a trabajar para los únicos patronos de la aldea, los poderosos propietarios de tierras. Al conseguir un trabajo fuera del hogar, las mujeres adquieren mayores cotas de poder, también dentro de sus respectivas familias. Los nuevos merca-

³ Berg y Karlsson (2000), cap. 1.

dos de capital hacen posible que los hijos de Bhagant consigam créditos sin tener que recurrir a los usureros, que se cobraban el préstamo con el fruto de su futuro trabajo. La esclavización económica que sometía a toda la aldea desaparece con la posibilidad de acudir a diferentes bancos para solicitar un crédito.

En la generación de Bhagant todos eran analfabetos. En la de sus hijos, algunos tuvieron la oportunidad de ir a la escuela. En la generación de sus nietos, *todos* han recibido educación. Bhagant considera que las cosas han ido a mejor. Se han incrementado los niveles de libertad y bienestar. El gran problema ahora son los hijos. Cuando Bhagant era joven, los niños obedecían y ayudaban en casa. Ahora son fastidiosamente independientes y disponen de ingresos propios. Ciertamente este hecho puede resultar «fastidioso», pero nada comparable al riesgo de ver morir a tus hijos o de tenerlos que vender a un usurero.

La posición que adoptemos usted, yo y los demás habitantes de nuestro privilegiado mundo en relación al tema de la globalización puede resultar decisiva para que un mayor número de personas se beneficien de un proceso de desarrollo como el experimentado en la aldea de Bhagant. O bien que ocurra todo lo contrario...

* * *

Los críticos de la globalización a menudo resaltan el carácter amenazador de la internacionalización económica insinuando que, detrás de ella, se esconde una finalidad predeterminada, a saber, que ha sido pergeñada por fundamentalistas ideológicos sin interés alguno por la adecuación del mapa con el terreno. Se intenta vender la imagen de un conjunto de maleantes neoliberales planificando sibilina-

mente cómo hacerse con el control del mundo con ayuda del capitalismo. Encontramos, por ejemplo, a teóricos políticos como John Gray, que describe la difusión de las políticas de libre mercado como un golpe de estado virtual orquestado por ideólogos «radicales» que han conseguido «infiltrarse» en el gobierno. «El objetivo de esta revolución —según Gray— es separar irreversiblemente la política neoliberal de la responsabilidad democrática en el ámbito de la política.»⁴ Algunos analistas —como Robert Kuttner, director de *The American Prospect*, y el economista Joseph Stiglitz— llegan a caracterizar la defensa de los ideales liberales como una especie de culto cuasirreligioso al que denominan «fundamentalismo de mercado».

Sin embargo, la desregulación, la privatización y la liberalización comercial no son conceptos inventados por ideólogos ultraliberales. Ciertamente hay casos de dirigentes inspirados por planteamientos económicamente liberales, como Reagan o Thatcher, pero los principales reformadores que han hecho posible que hoy hablemos de la mundialización del capitalismo son los comunistas chinos y los soviéticos, los proteccionistas latinoamericanos y los nacionalistas asiáticos. En muchos países europeos la socialdemocracia ha sido un factor determinante en este proceso. La idea de una conspiración ultraliberal como origen de una terapia de choque revolucionaria es simplemente errónea. Ha sido un conjunto de políticos pragmáticos y, con frecuencia, antiliberales que han considerado que sus respectivos países se han excedido en su afán de control y que, por esa razón, han comenzado a liberalizar sus economías. La idea de la supremacía del capitalismo liberal debe matizarse asimismo con la constatación de que, probablemente, nunca antes en los países del mundo ha habido sectores

⁴ Gray (1998), pp. 39-43.

públicos tan voluminosos ni una presión fiscal tan elevada como en nuestros días. Los procesos de liberalización emprendidos han tenido como fin erradicar una serie de excesos centralizadores de carácter muy puntual, no la introducción de una política de *laissez faire*. Dado que la «retirada» de los dirigentes se ha producido siempre de acuerdo con sus propios términos y al ritmo decidido por ellos, cabría también preguntarse si este proceso realmente ha ido demasiado lejos o, siquiera, lo suficientemente.

Quando hablo de defensa del capitalismo, entiendo por éste la libertad capitalista de actuar y de experimentar distintas soluciones sin necesidad de encomendarse a mandatarios ni controladores fronterizos. Se trata básicamente del mismo tipo de libertad que en el pasado pensé que podría proporcionar el anarquismo, pero bajo el arbitrio de leyes que aseguren que la libertad de un individuo no atente contra la de los demás. Yo quiero este tipo de libertad en abundancia... y para todo el mundo. Si los detractores del capitalismo argumentan que ya, hoy en día, tenemos muchísima, yo quiero aún más, hipermuchísima, si es posible. En especial para los más desfavorecidos del planeta, cuya capacidad de decisión sobre su trabajo y nivel de consumo en la actualidad es bastante reducida. Por todo ello no dudo en tildar este libro de «defensa del capitalismo global», aunque dicho capitalismo global sea más una posibilidad futura que un sistema real ya existente.

Al utilizar el término «capitalismo» no me refiero específicamente a un sistema económico basado en la propiedad del capital y las opciones de inversión —elementos que también pueden estar presentes en una economía planificada—, sino a una economía liberal de mercado, con una libre competencia fundamentada en el derecho a gestionar la propiedad y en la libertad a la hora de mercadear, cerrar negocios o emprender operaciones comerciales. En pocas

palabras, lo que defiende es la libertad individual en el ámbito de la economía. Los capitalistas se vuelven peligrosos al *no* actuar de forma capitalista, es decir, cuando se alían con el estado. Si el estado sigue un modelo dictatorial, las empresas pueden contribuir incluso a las violaciones de los derechos humanos, como es el caso de algunas compañías petroleras occidentales en África. Tampoco los supuestos capitalistas que se afanan por conseguir prebendas y privilegios en los corredores del poder son «capitalistas» en este sentido del término, sino todo lo contrario: una amenaza contra el libre mercado que debe ser criticada y combatida. A menudo las empresas quieren hacer política y los políticos negocios. Esto no es economía de mercado, sino economía «mixta», en la que empresarios y políticos confunden sus respectivos papeles. El libre capitalismo es un sistema en el que los dirigentes aplican una política liberal y los empresarios gestionan sus negocios.

Me gustaría apuntar algo más en relación a mi defensa del capitalismo. En el fondo no es en el capitalismo o la globalización en lo que creo. No son los sistemas ni los cuerpos normativos los que generan todos los elementos de prosperidad, las innovaciones, las comunidades de intereses ni la cultura que observamos a nuestro alrededor. Son las personas las que hacen todo esto posible. Creo en el potencial del Hombre para crear grandes obras y en la fuerza que generan los encuentros e intercambios. Si propugno una mayor libertad y un mundo más abierto, no es porque juzgue que un sistema sea más eficaz que otro, sino porque considero que éste proporciona un entorno que permite liberar la creatividad humana mejor que ningún otro, que fomenta un dinamismo que ha llevado a la consecución de avances sociales, económicos, científicos y tecnológicos, y que continuará haciéndolo. Creer en el capitalismo no es creer en el crecimiento, la economía y la

efectividad. Por muy apetecibles que puedan ser, se trata sólo de resultados. En el fondo, creer en el capitalismo es creer en el ser humano

En consecuencia, el planteamiento del ex primer ministro socialista francés, Lionel Jospin, de que hemos de desarrollar una «economía de mercado, no una sociedad de mercado», es algo que suscribe tanto yo como, probablemente, la mayoría de los liberales. Mi objetivo no es que las transacciones económicas aparten a un lado el resto de las relaciones humanas, sino la libertad y los intercambios libres en todas sus facetas. La economía de mercado es el resultado de ello en el plano económico; en el ámbito de la cultura implica la libertad de expresión y de prensa; en la política, la democracia y el estado de derecho. En el campo social, el derecho a vivir conforme a los propios valores y a relacionarse con las personas que uno desee.

No se trata de poner precio a todo. Las cosas más importantes de la vida no se pueden calcular en dinero: el amor, la familia, la amistad, la concepción de la vida. Si gozamos de libertad, tendremos derecho a primar lo que creamos importante. Aquellos que piensan que los liberales consideran que todos actúan siempre para obtener un máximo beneficio económico muestran un perfecto desconocimiento del liberalismo... Y si algún liberal lo piensa, es que no sabe nada sobre el ser humano. No es para ganar más dinero por lo que escribo un libro sobre la importancia de la globalización, en lugar de otro dedicado, por ejemplo, a la pesca deportiva. Lo hago porque es algo en lo que creo y porque es importante para mí. Además, deseo vivir en una sociedad liberal porque ésta hace posible que las personas elijan lo que consideran importante.

Por último, quisiera dirigir un cálido agradecimiento a los amigos que me han ayudado a articular mis ideas acerca de estas cuestiones, precisamente porque también son

de importancia para ellos, y muy en especial a Fredrik Erixon, Sofia Nerbrand y Mauricio Rojas. He de agradecer también sinceramente la labor de Barbro Bengtson, Charlotte Häggblad y Kristina von Unge, que eficazmente han transformado a un estado presentable mi texto original.

Estocolmo, mayo de 2001

JOHAN NORBERG

1. En constante progresión...

Una verdad a medias

La idea generalizada de que todo va a peor y de que tiempos pasados siempre fueron mejores se remonta, como mínimo, al sermón pronunciado en 1014 en York por el arzobispo Wulfstan, en el que afirmaba que «el mundo se afana, pero su final se aproxima». Buena parte del debate sobre la globalización tiene como punto de partida el planteamiento de que el mundo se está yendo al garete a marchas forzadas. Hace pocos años, el papa Juan Pablo II se hizo eco de la idea de su «milenario» colega resumiendo la situación del mundo en los siguientes términos:

[...] resurge en varios lugares una forma de neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado... De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de muchos, de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.¹

Se resalta en particular la idea de que el mundo es cada vez más injusto. El estribillo omnipresente en el debate en

¹ Wulfstan aparece citado en Giddens (1999), p. 1. La cita del papa Juan Pablo II está tomada de su Homilía en la Plaza José Martí de La Habana. Ver referencias para más detalles.

torno a la economía de mercado reza así: «Los ricos son más ricos y los pobres más pobres», algo que se invoca más en calidad de axioma que como una afirmación que ha de sustentarse sobre argumentos. Si profundizamos en este pegadizo eslogan y analizamos lo que realmente ha ocurrido en el mundo, hemos de concluir que se trata de una verdad a medias. La primera parte es correcta: los ricos son ciertamente más ricos ahora. No todos ni en todas partes, pero en general ése es el caso. Los que tenemos la suerte de vivir en países desarrollados hemos medrado considerablemente en las últimas décadas, lo cual también es aplicable a las clases pudientes del Tercer Mundo. Pero la segunda parte de la oración es simple y llanamente falsa. En líneas generales, los pobres del planeta no han visto empeorar su situación en los últimos decenios, sino al contrario: se ha reducido la pobreza absoluta y en el continente más afectado cuantitativamente, Asia, muchos cientos de millones de personas, que sólo 20 años atrás luchaban por sobrevivir, han empezado a disfrutar de una cierta estabilidad económica e, incluso, de un relativo bienestar. La miseria global ha disminuido y las grandes injusticias han empezado a evaporarse. En este primer capítulo se incluye una abundante batería de estadísticas y análisis de tendencias, lo cual resulta necesario para hacer frente a esta errónea pero muy generalizada idea sobre la situación del planeta.²

Uno de los libros más importantes publicados en estos últimos años es *I Asiens tid*, un reportaje de viajes elaborado por dos suecos: el escritor Lasse Berg y el fotógrafo Stig Karlsson, donde describen su regreso a una serie de países asiáticos que ya visitaron en los años sesenta. En esa primera ocasión reflejaron la pobreza, la profunda miseria y las catástrofes que acechaban a la zona. Al igual que mu-

² Wulfstan citado en Giddens (1999), p. 1. Hammar *Arena* 6/(2000).

chos otros visitantes, no se atrevieron a creer en un futuro esperanzador para esos países. Opinaban que probablemente la única solución pasaba por una revolución socialista. Cuando en la década de los 90 vuelven a India y China, no pueden menos de constatar su error: numerosas personas han conseguido salir de la pobreza, el espectro de la hambruna es mucho más difuso y las calles están más limpias. Las chozas de adobe han sido sustituidas por casas de ladrillos con electricidad y dotadas de antenas de televisión en los tejados.

Al llegar esta pareja de escandinavos por primera vez a Calcuta, una décima parte de la población vivía en la calle y cada mañana los camiones fletados por las autoridades o las congregaciones de misioneros recorrían la ciudad para recoger a los sin techo que habían fallecido durante la noche. 30 años más tarde tienen dificultades para encontrar alguno que fotografiar. Al mismo tiempo han ido desvaneciéndose los estereotipos. El peculiar vehículo conocido como *rickshaw*, de cuya existencia muchos de nosotros sabemos gracias a las aventuras de Tintin y que consiste básicamente en un carro tirado a toda velocidad por una persona descalza, está desapareciendo del escenario urbano. Ahora se circula en automóvil, motocicleta y metro.

Cuando Lasse Berg y Stig Karlsson muestran a unos jóvenes indios fotos de su anterior estancia en el país, éstos se niegan a creer que se trate del mismo lugar. «¿Realmente fue tan terrible la situación aquí?», se preguntan asombrados. En la página 42 del libro aparecen dos fotografías que sirven al lector de rápida ilustración sobre la evolución en estos últimos años: una antigua, tomada en 1976, donde Satto, una niña india de 12 años, exhibe sus manos, desgastadas y llenas de surcos, prematuramente envejecidas por muchos años de duro trabajo. Debajo de ésta se incluye una foto reciente; se trata de Seema, la hija de 13 años

de Satto, mostrando también sus manos, en este caso jóvenes y suaves, propias de una niña que ha podido ejercer de tal.

Pero el principal cambio se encuentra en la forma de pensar y en las aspiraciones. Por medio de la televisión y las revistas, la población asimila ideas e impresiones procedentes de la otra parte del planeta, lo cual les permite ampliar sus horizontes. ¿Por qué conformarse con vivir siempre en el mismo lugar? ¿Por qué obligar a la mujer a tener hijos desde tan joven y sacrificar con ello su carrera profesional? ¿Por qué tienen que ser concertados los matrimonios y se ha de excluir a los parias, cuando en otros países se disfruta de unas condiciones familiares más libres? ¿Por qué contentarse con este sistema político cuando existen otras alternativas?³

³ De no indicarse otra cosa, la información contenida en este capítulo procede del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) y el Banco Mundial, y en particular del Informe sobre Desarrollo Humano y el Informe sobre el Desarrollo Mundial de estas dos instituciones, respectivamente, así como del compendio Indicadores de Desarrollo Mundial de 2000. Debe tenerse en cuenta que las cifras varían en ocasiones entre las diversas fuentes debido a los diferentes métodos de medición aplicados. Por consiguiente, resulta fundamental emplear el mismo método de medición en el estudio de un cambio específico a lo largo del tiempo. Cuando el autor menciona en el libro a los países en desarrollo en contraste con los países industrializados, hace referencia de esta manera al concepto generalizado que se tiene del término, es decir, países que, entre otras cosas, soportan deficientes condiciones de vida, bajos niveles sanitarios y de enseñanza, productividad reducida, capital deficitario, una considerable dependencia económica de la agricultura y las materias primas, unido a inestabilidad y vulnerabilidad en la escena internacional. Ver por ejemplo Todaro (1997), p. 38. A partir de esta definición, suele considerarse más o menos a los 135 estados más pobres como países en desarrollo, a lo que hay que añadir un grupo de una treintena de países que están despegándose actualmente de su condición de país en desarrollo. Es importante recordar que dichos países son tan heterogéneos que resulta difícil considerarlos como un mismo grupo. Este concepto encierra tanto